

II. DOS CALAS EN LA POESÍA DE CARLOS OBREGÓN



*Nelson Romero Guzmán**

**ESBOZOS PARA UN ACERCAMIENTO A LA LECTURA
DEL POETA CARLOS OBREGÓN****

AN APPROACH TO THE POETRY OF CARLOS OBREGÓN

* Licenciado en Filosofía y Letras, Universidad Santo Tomás. Realiza actualmente estudios de Maestría en Literatura Latinoamericana, Universidad Tecnológica de Pereira. Autor de varios libros de poesía, entre ellos *Surgidos de la luz* (Universidad de Antioquia, 2000), *La quinta del sordo* (Universidad Nacional de Colombia, 2005) y *Grafiás del insecto* (Universidad del Valle, 2006). Ganador de varios premios nacionales de poesía, entre ellos el Universidad de Antioquia (1999) y el del Instituto Distrital de Cultura y Turismo de Bogotá (2007). Correo electrónico: nelsonromeroguzman@yahoo.es

** El presente artículo corresponde a la investigación en proceso para optar por el título de Magíster en Literatura Latinoamericana.

Resumen

El presente artículo hace un esbozo del rescate de la obra del poeta colombiano Carlos Obregón, el proceso de incorporación de su poesía en nuestra tradición y la presencia actual del poeta, quien hasta el año de 1985 era prácticamente desconocido en nuestro país. A su vez, se hace un recorrido, en dos períodos, de la recepción que ha tenido su obra desde el año 1958 hasta 1984 y de 1985 hasta hoy, con una rápida valoración de su poesía; así mismo, se rastrean los escasos datos biográficos que conocemos del poeta.

Palabras clave: Carlos Obregón, estuario, símbolo, misticismo, exilio



Abstract

This article addresses the work of Carlos Obregón, a Colombian poet who was practically unknown until 1985, in an attempt to incorporate it into our literary tradition. It includes a review of the two periods of reception of the poet's work, from 1958 to 1984, and from 1985 to the present, as well as a brief assessment of his poetry and a synthesis of the scarce biographical data on the poet.

Key words: Carlos Obregón, estuary, symbol, mysticism, exile

Alrededor del corpus

LA OBRA DEL POETA COLOMBIANO Carlos Obregón (1929-1963) está conformada por los libros *Distancia destruida* (Madrid, 1957), *Estuario* (Palma de Mallorca, 1961), así como un breve apartado de *Poesía inédita* (1962) y el poema “Presencia del mar”, rescatado de la edición del *Suplemento Literario* del periódico *El Tiempo* (1952). El mencionado corpus fue reunido por el escritor, periodista e investigador literario Gilberto Abril Rojas (Tunja, 1946), y se publicó en Colombia con el título de *Obra poética* (Procultura, 1985). Así quedó compilada la obra de Carlos Obregón conocida hasta hoy, siendo el año de 1985 el de la repatriación del poeta bogotano, pues sus libros fueron publicados inicialmente en España. A esa bibliografía hay que sumarle la exaltación que recientemente la Universidad Nacional de Colombia le rindió al poeta al publicar la segunda edición —43 años después— de su libro *Estuario* (2004), edición que incluye dos comentarios escritos por contemporáneos y amigos de Obregón en España, con datos importantes que llevan a ampliar el significado de su vida y, en forma concomitante, a conocer mejor su obra. Me refiero al “Retrato a pluma de Carlos Obregón” (Madrid, 1963), escrito por el crítico español Gonzalo Torrente Ballester, lo mismo que el epílogo titulado “Algunos recuerdos de mi amigo Carlos Obregón” (2004), de Marisa Torrente Malvido, sobre los cuales será necesario ampliar más adelante estas referencias. Con todo esto, queda claro que el conocimiento que hoy tenemos de la obra completa de Carlos Obregón en Colombia es muy reciente, su proceso de incorporación a la poesía colombiana ha sido lento, si tenemos en cuenta que su primer libro se había impreso en España en 1957 y sólo en el mencionado año de 1985 llegó hasta nosotros en una segunda edición. Antes de ese año, las referencias fueron escasas y muestras de la poesía de Obregón se dieron a conocer a través de antologías, principalmente. Pero esas pocas menciones antológicas tuvieron el mérito de servir de punto de partida para descubrir toda una obra que empieza a convertirse en un fenómeno novedoso, al que asistimos ahora. Luego vendrán las antologías más recientes de la poesía colombiana, las cuales incluyen el nombre de Carlos Obregón con todo rigor. Valga mencionar, entre ellas, dos de las más representativas: *Antología de la poesía del siglo XX en Colombia* (España, 2006) compilada por Ramón Cote Baraibar, y *Antología de la poesía colombiana* (2005), con selección de David Jiménez.

La reincorporación y rescate de dicho corpus a la poesía colombiana ha contribuido a crear un reconocido número de adeptos hoy perplejos por los enigmas de un lenguaje poético que sumerge al lector en las aguas misteriosas del ser, lo impregna de un especial halo místico y lo lleva a sondear en el mundo creado por el poeta los símbolos de lo oculto, entre otras visiones y sentidos que entraña su palabra, proyectada a la fundación de espacios imaginarios y

misteriosos. Es así como desde mediados de los años ochenta hasta hoy, el reconocimiento a su obra se ha robustecido y el círculo de lectores se ha ampliado, aunque en forma moderada, pero entusiasta. Si a Carlos Obregón se le publica inicialmente en España, fue por haber sido ese el país donde por más tiempo residiera, además que ese suelo geográfico fertilizó sus visiones y meditaciones que le permitieron elevar desde la escritura las columnas del mundo de sus “fábulas primordiales”. Quizá uno de los admiradores que más lo han actualizado, en términos de hacer visible su nombre en la poesía colombiana, ha sido el poeta Juan Manuel Roca, quien lo pone en el sitial de figuras cimeras como Aurelio Arturo y José Asunción Silva, y también lo incluye en su libro *Cerrar la puerta, Muestra de poetas suicidas* (1993), donde el antologista presenta una muestra de la obra de los poetas allí escogidos, como el mismo Carlos Obregón, al lado de figuras reconocidas y diversas de la poesía: José Antonio Ramos Sucre, Georg Trakl, Alejandra Pizarnik, Dylan Thomas, José Asunción Silva, Sylvia Plath, entre otros. En forma más minuciosa, las referencias bibliográficas sobre Carlos Obregón incluyen las ediciones de sus libros, publicaciones en revistas colombianas y españolas, antologías, así como estudios críticos sobre poesía colombiana, donde casi siempre se le menciona de paso; dicho levantamiento bibliográfico se inicia con la publicación de su primer texto conocido hasta hoy, cuyo título es “Presencia del mar”, el mismo que apareció en el *Suplemento Literario* de el diario *El Tiempo* de la ciudad de Bogotá, el 28 de septiembre de 1952, cuando el poeta contaba con 22 años. Ese texto hacía parte del libro *Katharsis*, que tal vez el autor nunca concluyó o que devino posteriormente en *Distancia destruida*. Valga anotar, de paso, que la última producción poética de Obregón se encuentra fechada en diciembre de 1962, escasos días antes de su muerte, producción incluida en el apartado de “Poesía inédita” en el mencionado libro de Gilberto Abril Rojas y conformada por seis poemas sin título.

La configuración de ese panorama bibliográfico que sustenta hasta hoy el conocimiento y la difusión de la obra de Carlos Obregón nos va a servir de esencial marco de referencia para situar al poeta en la tradición de la poesía colombiana, rastrear los sentidos y aportes de su obra, en particular dentro del flujo de la poesía moderna, así como para replantear y ampliar las referencias críticas existentes que conduzcan, mediante la presente investigación, a robustecer el corpus crítico acerca del poeta bogotano.

Breve mirada a la obra

La obra íntegra de Carlos Obregón es, en realidad, un solo texto, en el sentido de un tejido que se une en forma progresiva a partir del símbolo que hace fun-

cionar toda la armazón textual hacia una unidad de sentido, donde en últimas se recobra el hombre. Toda su poesía está signada por un éxodo que deja entrever antecedentes bíblicos. El sujeto poemático que aparece en forma constante con el nombre de *extranjero*, con aura de héroe y de santo a la vez, inicia el viaje del Ser desde la angustia de la cotidianidad, desde la noche de su origen, y culmina en su aspiración a la alianza, no siendo otro reino que el de una renovación que ofrece la naturaleza al hombre en su calidad de exiliado o expulsado en la historia, pero anunciándole una llegada.

Exiliado en tu viaje,
 Tus pasos, extranjero, son conciencia que anuncia,
 Después de las fronteras, las islas solitarias
 Que vigila un santuario ungido en el silencio
 De los ritos. ¡Ah! Ribera que la luz descubre
 En el filo del mundo, con justicia hoy canta
 Un pueblo su esperanza y en los bosques vibra
 El murmullo ecuestre del viento desatado. (1957, 29)

En ese retorno aparece un centro como devenir, prefigurado por toda una simbología del agua, el fuego y la roca. En toda la obra, el tiempo transfigurado en materia sagrada le da el movimiento al poema.

¡Adentro! ¡Qué abundancia de fuego!
 ¡Qué clamor de primicias! Pero Dios
 Aún no es vuestro y desandado el destino
 Lucháis contrala muerte, no para que algo se cumpla,
 —ya el viaje es estuario, ya el fruto es ofrenda—
 Sino para que el cuerpo, como un actor sonámbulo,
 Regrese y participe del saber luminoso.
 Vuestra más alta misión fue poseer, despojados,
 La intensidad del río; pero ahora ¿qué gozo,
 Qué poseer os queda? (2004, 126)

Estuario fue el segundo y último libro de Carlos Obregón. Dividido en siete partes: “El silencio del fuego”, “Días del monje”, “Peregrinaje”, “Elohim”, “El tiempo contemplado”, “Domingo” y “Cantos”. Pero *Distancia destruida* y *Estuario* son un hilo continuo, un todo íntegro, un programa poético que engendra el lenguaje, uniéndose a esa labor de continuidad la obra inédita. En *Estuario*, el viaje y la noción de claustro (en sentido místico de morada), se va apoderando de la expresión del poema, más volcado ahora a una intimidad donde el símbolo del fuego es un enorme delator de ansia mística y del tono lírico. Resalta en la palabra un acto inconsciente por depurar lo profano, una cierta renuncia a los dioses, una lucha de demiurgo que termina subsumida por la propia naturaleza, con movimiento propio recíproco de afuera-adentro (conciencia y materia, mundo actuante y epifanía). La naturaleza de Obregón traspone el espacio geográfico primario para conquistar lo imaginario y regresar otra vez a su origen, en angustioso diálogo con el Ser, el tiempo, la experiencia humana, el “yo poético” y la otredad; despliegue capturado en el lenguaje por una poética de lo “irracional”, rompiendo así con la tradición de la poesía colombiana anterior a *Mito*, revista que en los años cincuenta y hasta 1962 exaltó la labor intelectual y literaria de escritores y artistas desde distintos ámbitos de la cultura. La poesía de Carlos Obregón se inscribe dentro de la estética de la modernidad, desde las aspiraciones de *Mito*, dadas las mencionadas características que más adelante serán objeto del presente trabajo.

La recepción de su poesía

Sobre la poesía de Carlos Obregón no se ha establecido aún un corpus crítico sólido, o por lo menos de alguna amplitud, que permita ubicarlo en el momento de una corriente estética o generacional de la poesía escrita en Colombia, así como tampoco se ha profundizado mucho sobre su obra que atrae por el poder de su misterio a diferentes lectores, antologistas o críticos que lo han resaltado, sin profundizarlo del todo. La mayoría coinciden en vincularlo con el misticismo. Todos los estudiosos de la poesía colombiana coinciden en ubicarlo dentro de la generación de *Mito*.

Para los propósitos del presente trabajo, la recepción de la poesía de Carlos Obregón la revisaré en dos períodos, atendiendo a las fechas en que se dieron las ediciones de sus libros, teniendo en cuenta que las lecturas se han ido enriqueciendo progresivamente a la par que aumentan las ediciones. El primer período va de 1957 a 1984 y el segundo se inicia inmediatamente al término de aquél, o sea, de 1985 hasta hoy. El primero tiene su lugar de inicio con la publicación en Madrid de su primer libro *Distancia destruida* (1957), igual que

en ese mismo período se publica su segunda obra, *Estuario* (1961); dicho periplo culmina un año antes de la edición de su *Obra poética* (1985), incluyendo la reedición de *Estuario* (2004), hasta hoy.

Pasaré a revisar en cada uno de estos períodos la manera como la crítica ha valorado la poesía de Carlos Obregón y la difusión de su obra en términos de estudios panorámicos y/o o antologías, para determinar finalmente su recepción y cómo su obra poética se va fijando, poco a poco, en la conciencia del lector, en el interés por rescatarlo del olvido y ponerlo al tono entre los poetas más sobresalientes de la poesía escrita en Colombia hasta lo corrido de estos años.

1957-1984: *silenciosa visión de un mundo sumergido*

“Silenciosa visión de un mundo sumergido” es el primer verso del primer poema de *Distancia destruida*. Denomino así este período, con toda justicia, por varias razones: primero, porque en ese lapso su obra permanece oculta, silenciosa, metafóricamente sumergida, a lo que de alguna forma contribuyó también el mismo poeta; segundo, se percibe una recepción muy escasa, más bien silenciosa y silenciada de su poesía, a lo que contribuyeron los viajes y las estadías del poeta en distintos países, como también contextos biográficos, al igual que el hermetismo que acusa su obra y hasta el desinterés editorial por promocionarla.

Curiosamente, Carlos Obregón no asume la actitud del poeta moderno de habitar entre las multitudes y esto tiene sentido en la concepción misma del mundo en su obra. Escribir para replegarse en el silencio define en cierta forma su *ethos*, como lo hiciera igualmente el también singular poeta colombiano Aurelio Arturo. Poetas estos hermanados por el anhelo de que sus obras en el futuro hablaran por sí mismas; y en guardadas proporciones lo han conseguido. La primera edición de *Distancia destruida* fue diciente al respecto y constituye un ejemplo de desconfianza y de respeto a la poesía, a la vez que de reticencia y lejanía del poeta con respecto a su propia obra. La edición de *Distancia destruida* no ofrece datos del autor ni comentarios al libro. Apenas se contentan nuestras manos con un pequeño tomo de edición en rústica, carátula blanca, con el nombre del autor en moldes pequeños y el título un poco más agrandado; las solapas apenas sirven para darle firmeza al cuerpo del libro, a la vez que contienen los datos necesarios de edición: Gráficas Valero, S.A., Madrid, 1957, 79 pp.; al final del último poema del libro, el lugar y la fecha en que éste terminó de escribirse: Ibiza, octubre de 1956. Ese silencio define al poeta y determina a la vez una búsqueda constante de trascendencia de un destino en la obra, que no de fijar en el libro los datos de las contingencias biográficas. La primera edición

de *Estuario*, publicada en Palma de Mallorca en 1961, debió seguir fiel a esa misma voluntad del silencio.

Desde entonces, las referencias sobre Carlos Obregón se dan en ese período a grandes saltos. Sus dos únicos libros se editan en España, y en acertada expresión de Yuichi Mashimo, su *repatriación* se inicia con la edición de su *Obra poética* por Procultura en 1985. Es el caso del poeta que escribe desde el exilio, apartado de los avatares de su país de origen, pero arraigado de alguna forma a una ruptura de la poesía colombiana que se dio con *Mito*, fundando para la poesía un territorio interior, como lo hicieron Aurelio Arturo, Jorge Gaitán Durán, Eduardo Cote Lamus y Álvaro Mutis, sus contemporáneos.

Las más remotas menciones que hasta hoy se tienen acerca de la poesía de Carlos Obregón se originan, como es de suponerse, en España, en el año de 1958. El diario *ABC* de Madrid destacó en esa oportunidad la reciente aparición del libro *Distancia destruida* con una bella portada de Carlos de Lara y con el saludo a Obregón como un fraternal amigo de la vida y de las cosas de España, a la que profesa una sincera y profunda devoción. Al respecto, resaltamos algunos apartes de dicha nota:

Refugiado en Ibiza, desde la preciosa isla mediterránea, la inspiración cálida y feliz del joven poeta ha sabido remontarse a alturas y perfecciones de frase y metáfora. Su obra señala una tendencia introspectiva, profunda, donde los sentimientos más nobles juegan en el paisaje balear y se bañan de la pura y clara luz de la isla. Empieza su serie con dos poemas que acusan la angustia de nuestro tiempo y la influencia de las literaturas amargas de la posguerra, caracterizadas en Sartre. (31)

La misma nota se refiere no a “un poeta en ciernes, sino de escritor completo, que sabe expresar sus sensaciones” (31).

Dicha reseña resulta valiosa, en el sentido de que nos sitúa en el territorio poético de Obregón: “el paisaje balear”, bañado por “la clara luz de la isla”, a la vez que lo ubica dentro de una poesía de la “introspección”. Tal espacio geográfico de islas e islotes en el mediterráneo, es el modelo imaginario de su geografía interior y de la expresión de un universo encarnado en un lenguaje de imágenes con sugerentes poderes que desplegará en toda su obra.

En la revista *Índice de las Artes y las Letras de Madrid*, en enero de 1963, el crítico Gonzalo Torrente Ballester traza el mencionado “Retrato a pluma de Carlos Obregón”. Es la segunda referencia de que tenemos conocimiento en cuanto a la recepción de la obra del poeta, cuando ya se había publicado *Estua-*

rio (1962). Desde ese momento, el crítico resalta un aspecto que hasta en sus más recientes lectores es *leitmotiv* en la recepción de la obra: la dificultad de su lectura, lo cual reitera así Torrente Ballester en su breve retrato:

[...] lo que hay de abrupto en ella (su poesía), lo que hay de oscuro, me fue explicado y explicado de modo convincente y fui convencido. Para mí, la poesía de Obregón tiene el sentido de un mensaje religioso, si bien expuesto de una forma que limita el número de los destinatarios. Lo cual es siempre reproche que puede hacerse a esta clase de poesía menesterosa, en cualquier caso, de exégesis. En los maestros en que aprendió Carlos hallamos las mismas dificultades. (8)

Igualmente nos lo hace ver poseído de una personalidad misteriosa, que tuvo en la duda hacia la fe un estigma de vida. Acusa la poesía obregoniana de “oscura”, susceptible de ser “explicada” y “de modo convincente”; además, su lectura “limita el número de sus destinatarios”. En fin, poesía que se origina de las lecturas de sus maestros signados por el lenguaje de las “dificultades”. Dicha referencia crítica, en apariencia negativa, está cargada de valor positivo para el lector moderno, a quien le seduce lo oscuro y lo misterioso.

Finalmente, el crítico Andrés Holguín, en su *Antología crítica de la poesía colombiana* (1974), rescata la figura de Carlos Obregón en unas líneas efusivas, dándole su lugar al lado de la generación de *Mito*, como un poeta de atmósfera peculiar y aún en formación.

1985-2004, hasta hoy: *distancia destruida, consumación de las alianzas*

En esa distancia cronológica marcada en su inicio con la publicación en España de *Distancia destruida* (1957), hasta poco antes de la edición de su *Obra poética* por parte de Procultura (1985), la frontera que señala a Obregón como un poeta casi inédito o poco conocido entre nosotros se va haciendo cada vez más borrosa; los lectores han venido, poco a poco, consumando cierta alianza con su obra, de cercanía y asombro, con juicios que, aunque sigan siendo breves, recobran más sentido con el paso del tiempo, abriendo la fascinación del mundo obregoniano a inéditas lecturas, problematizando su *sello* de poeta místico y, sobre todo, destacando su producción a la altura de los más representativos autores de poesía en Colombia. A lo anterior hay que sumar un buen número de revistas, nacionales y regionales, que durante este período han difundido la poesía del autor bogotano. Todo esto es un síntoma alentador de que su obra ha venido ganando con el tiempo, de manera unánime y en forma más acelerada en este período con relación al anterior (1957-1984), un reconocimiento merecido.

En síntesis, con las ediciones de su *Obra poética* (1985) y *Estuario* (2004), Carlos Obregón entra a hacer parte, de manera más amplia, del registro de poetas colombianos con nombre propio, insertándose en nuestra tradición y a su vez enriqueciéndola. Lo que viene después resulta estimulante: los comentarios críticos por parte del poeta y ensayista Víctor López Rache (2003), del poeta y crítico David Jiménez (2005) y del también poeta y crítico japonés Yuichi Mashimo en su reciente conferencia de Santiago de Chile (2008). Ensayos éstos que tienen un doble valor por el tono con que fueron escritos: rescate y presencia de una obra; tratamiento de tópicos polémicos sobre la poesía en sí, lo cual abre una brecha importante para el estudio de Obregón, además de los planteamientos de Mashimo dialogan con los de López Rache y Jiménez. Son éstas, lecturas que miran la obra desde ópticas distintas, a veces aproximadas, pero descubriendo sentidos no antes explorados en la rica y a veces compleja poesía de Obregón.

Víctor López Rache es un poeta y ensayista nacido en Toca (Boyacá, 1958), autor de varios títulos de poesía y ganador de dos premios nacionales en ese género. Su ensayo sobre Carlos Obregón se publicó en el año 2003. Es el primer acercamiento de un lector verdaderamente sorprendido por esta poesía y el ensayo más extenso que hasta ahora se conozca sobre el poeta, el cual abarca tan sólo siete páginas. Es este un escrito polémico frente a la noción un tanto intuitiva de “poeta místico” que los lectores precedentes se habían formado al unísono en torno a Obregón; además, López Rache dice que sus contemporáneos lo han ignorado maliciosamente y lo tiene por excluido y silenciado, paradójicamente autor de una obra tan alta como la de José Asunción Silva y la de Aurelio Arturo. López Rache deja claro en su escrito que la poesía de Carlos Obregón marchó en camino contrario a la grandilocuencia de los poetas de su generación, razón para excluirlo temporalmente, dada su “serenidad de espíritu”, a la vez que menciona razones para ponerlo en una tendencia más contemporánea, como ícono de las generaciones que van surgiendo, frente a aquéllas del “destello efímero”. Entre las características de la poesía de Carlos Obregón que el ensayista destaca, se mencionan las siguientes:

- Es una poesía de mente, de imaginación, no de sonido dirigido únicamente al oído; no transmite un estremecimiento instantáneo.
- Por el contrario, expresa una serenidad de espíritu.
- Obregón nos recuerda a aquellos poetas totalizantes que quieren expresar los conflictos del hombre y del universo en un poema.

- En sus poemas no se encuentran influencias evidentes, atmósferas localistas.
- Su poesía tiene una vocación: el alma del hombre.
- Obregón eleva la experiencia de la vida al misterio.
- Su poesía revela un amplio conocimiento del arte de escribir.
- Creaba situaciones humanas con experiencias inenarrables.

El tono más fuerte del ensayo de Víctor López Rache va dirigido contra aquellos lectores y/o comentaristas que a la ligera han puesto su obra en el sitio de la poesía mística tradicional y al poeta como un místico en sentido puramente ortodoxo. Dice que esta es otra opinión de quienes lo ignoran y lo dicen porque están enterados de que el poeta tuvo inclinaciones religiosas, “capciosa injusticia para tenerlo en el olvido”. López Rache hace una lectura atenta y lo exalta más bien como “un místico sin fe”. Son varias las razones que el ensayista plantea para socavar la opinión de sus detractores:

- Es difícil encontrar en su poesía un consejo, por ejemplo, acerca del perdón.
- No es místico porque no anhela mundos superiores.
- Sus versos dan testimonio de la materia, sugieren la inexistencia de las divinidades y los logros de la fe.
- ¡Un místico jamás está solo, siempre está con su Dios!
- Un místico tampoco tendría la nada como un imprescindible de vida.
- ¿Para un místico existe más de un dios?
- Los dioses están más cercanos al paganismo que al misticismo; y “dioses” se repite constantemente en esta obra.
- Es justo aclarar que el tono de su poesía no es religioso o elocuente.
- El misticismo no se detiene a preguntarse, a dudar, a sugerir.
- La diversidad de significados, evidente en los poemas de largo aliento, poco tiene que ver con el misticismo.
- Para Obregón el existir o no existir serían conceptos, quizá, iguales, los cuales deben ignorarse para “ser”.
- No promociona ningún paraíso para después de la muerte.

Por otra parte, destaca López Rache que la poesía de Obregón se vincula estrechamente con el tiempo. Podría decirse que esta noción llena su mundo poético como los dioses de Heráclito. Víctor López Rache manifiesta en otro aparte de su ensayo que el tiempo es la obsesión más evidente en la poesía de Obregón, tiempo que reconoce manifestarse como una experiencia humana. Entremos a resaltar dicha experiencia.

- El tiempo no podía ser catalogado como algo ajeno a la existencia humana, lo cual reafirma en su poesía otra variante diferente al misticismo.
- En sus poemas percibimos el tiempo como un objeto familiar inherente al cuerpo, *la piel conoce el tiempo, el pulso de la tierra. / Un gusto del desierto surge entre los labios.*
- Se ocupó del hombre que podía estar en cualquier punto de la tierra y en cualquier estadio de los siglos, convirtiendo así la eternidad en un fluir presente e incesante que compendia el infinito pasado y el infinito futuro.
- Donde no hay existencia el tiempo carece de toda medida y es completamente inocuo.
- Obregón materializa el tiempo a través de la conciencia humana.

Finalmente, las ideas centrales que problematiza el ensayo de López Rache cierran con el tópico del exilio, de presencia permanente en la obra, que se cohesionan con la noción de tiempo. Exilio no es tanto el destierro forzado, sino una vivencia interior.

- El exilio en sus poemas es una experiencia convincente; no tiene la amargura del expulsado con causa y del renegado que quiere castigar a otros yéndose, y mucho menos el cinismo del turista que quiere conmover a un potencial lector contando en líneas entrecortadas el dolor de sus expectativas insatisfechas.
- El exilio en esta poesía sería un estado mental y sensible.
- Su exilio no es alarido que pretende recobrar una patria que, muchas veces, se detesta.
- Con esa carga, el exilio jamás podrá ser una queja de conmovedora angustia; por el contrario, lleva parte de su mundo a donde se va.

En síntesis, los anteriores planteamientos de Víctor López Rache renuevan la lectura de Obregón, en contravía de quienes se atienen a celebrar al poeta desde sus datos biográficos para determinar su misticismo y la expresión de un doloroso exilio, con “dolor de patria”, dichos prejuicios no nos permitirían como lectores dejarnos invadir por una poesía que evade superficialidades y nos integra a una experiencia hondamente espiritual del mundo a través del estremecimiento del Ser, pero con serenidad de expresión.

En el orden de recepción de la obra de Carlos Obregón durante este período, el crítico David Jiménez preparó para la editorial Norma una *Antología de la poesía colombiana* (2005), que abarca una cronología que va de 1817 a 2004, incluyendo a Carlos Obregón entre los muy escasos nombres y textos seleccionados. El comentario crítico a la poesía de Obregón centra su atención en *Estuario*. Dice Jiménez que la palabra “estuario” es una de las claves metafóricas del libro. Así, “la imagen prototípica de los caudalosos ríos del tiempo que desembocan en la eternidad del mar se presenta, con variaciones, en diversos poemas de Obregón. El estuario representa el punto definitivo de metamorfosis de lo temporal en eterno” (2005, 31). Destaca el breve estudio crítico algo que es definitivo en la búsqueda de la poesía de Obregón: el desplazamiento de la realidad a “otra” posible. A propósito, refiere: “Esta imagen de la realidad visible como fruto que madura en progresiva metamorfosis hacia una realidad invisible proviene de las elegías de Duino” (32). De esta manera, lo vincula a una expresión poética de lo oculto, propia de la raigambre simbólica moderna en Rilke. Esta poesía —señala— busca un espacio redimido, intemporal. Además, Jiménez encuentra que en los cinco poemas finales del libro, titulados Cantos, “se condensa gran parte de la doctrina poética del autor, con un tono hermético que dificulta la comprensión, al menos en las primeras lecturas” (32). Dicha manifestación confirma la misma objeción de dificultad de recepción que tuvo la poesía de Obregón desde la aparición de su primer libro; una situación del lenguaje que estimula en buena medida la presente investigación.

Siguiendo los planteamientos de Víctor López Rache y David Jiménez, Yuchi Mashimo, de la Universidad Komazawua de Tokyo, Japón (2008), busca darle respuesta a esta pregunta que él mismo se formula: ¿Qué pautas marcan su exilio en la elaboración de un espacio simbólico? Aquí pone al mar como el símbolo más caro de su poesía, el cual cumple la función de “retorno a un centro, retorno de un centro, que sólo se actualiza a través de la escritura/lectura poética” (5). Igualmente, re-traza dicho espacio y el itinerario de quien lo recorre, indicando para ello una “ruta mística” de reminiscencia neoplatónica, que centró su doctrina en la idea del Uno-Bien. *Estuario* de Carlos Obregón, en Mashimo, simboliza el viaje del alma que nace del Uno y vuelve a él guiada por

la luz. *Estuario* es el lugar de retorno al Uno, que es a su vez “centro imaginario-místico-poético que está al filo de la carne”. En su lectura, Mashimo sigue una línea de interpretación centrada en la idea del viaje, lo que sin duda es determinante: “Un deseo de regreso, con lo suyo incólume en su ser, está proyectado hacia un mar imaginario, en una lejanía. Esta lejanía será el tema en otros poemas, el título de su primer poemario que publicaría en España *Distancia destruida* (1957) parece aludir al intento de remontar la lejanía hacia un origen real, otro mar”. Dicha “celebración” del encuentro con “otra realidad”, coincide con la lectura hecha por David Jiménez. Sobre las dificultades de aprehensión del sentido de la poesía de Obregón en una primera lectura, Mashimo aventura una respuesta desde la relación texto-lector: “[...] los planos de significación del viaje del poeta, geográfico, simbólico y místico a la vez, constituyen una vivencia postergando su retorno hacia este lado del texto que es la conciencia lectora” (6).

Por otra parte, *El Magazín Dominical* de *El Espectador* hizo un número monográfico titulado *Fin de siglo, cuatro generaciones en la mira* (1994). Allí colabora el poeta y ensayista Álvaro Marín, quien en su ensayo “Entre dos silencios” coloca el nombre de Carlos Obregón al lado de Aurelio Arturo como “soledades creadoras”; además, dice:

[...] a la luz verdeante de Aurelio Arturo, Obregón agrega los óleos nocturnos, las sombras que azulan la riada abismal de sus reflexiones místicas. Y como todo misticismo busca la antigua noche anterior a las palabras [...] Obregón busca a Dios y encuentra que Dios es la poesía que nunca ha salido del silencio y de la que el poema es sólo una intermitente y quebrada refracción. (32)

En síntesis, esas tres miradas hechas a Obregón en este período (Rache, Jiménez y Mashimo) ganan en profundidad conceptual y empiezan a develar los misterios del universo poético de Obregón, coincidiendo los autores en formular aspectos que van ganando solidez: la idea del viaje, el retorno a un centro, los símbolos imaginarios místicos, el umbral entre lo visible y lo invisible, entre otros.

Rastreo biográfico: la libertad de un viaje sin origen

Resulta de suma importancia para este trabajo revisar aspectos biográficos en procura de aproximar la lectura de su obra a ciertos avatares espirituales de Carlos Obregón que, sin duda, permearon en buena parte su proceso creativo.

Su ensimismamiento y su aspiración o renuncia al claustro religioso, la soledad como actitud de vida y como expresión de una liturgia, su angustia interior frente al tiempo y la nada, los viajes del poeta por varias territorialidades, o su expresión del exilio más interior que territorial, bien se pueden rastrear a partir de sus libros. En la misma presentación de la edición de *Distancia destruida* se nos revela en forma curiosa, pero justa —si lo interpretamos desde su misma obra—, un deseo voluntario de ocultar lo biográfico, de dejarle a la poesía su capacidad de testimoniar la existencia de su autor sin que medien muchos o ningunos datos externos.

En las líneas de su “Retrato a pluma de Carlos Obregón”, Torrente Ballester deja entrever al poeta, su amigo entrañable, como un ser misterioso, interior, meditativo, volcado hacia las palabras que están para expresar lo esencial. Vale la pena destacar estas líneas de Torrente Ballester:

Dije que salió de la poesía y que volvió a ella, pero no dije a dónde fue. Hombre de grandes viajes, también su alma fue viajera: salió, en la adolescencia, de la fe; anduvo buscando luces y a la fe regresó, bien cargado de otros saberes, incluso del teológico. En cierto modo fue un converso —¿quién no debe decir otro tanto?— y, como todos los conversos, aspiraba a las más altas riquezas, a las más difíciles saciedades. Por el camino de la conversión descubrió la muerte [...] Durante mucho tiempo intenté convencerle de que escribiera su autobiografía y de que contase en ella, con palabras más llanas, lo que cifraba su poesía. Se defendía de mi solicitud con razones literarias, porque —decía— no estaba acostumbrado a escribir en prosa, cuyas dificultades no ignoraba. (8)

De otro lado, María Torrente Malvido, hermana de Gonzalo Torrente Ballester, en un escrito que sirve de epílogo a la edición de *Estuario* por la Universidad Nacional de Colombia, rememora a su amigo Carlos Obregón como una persona acogida por su familia en Madrid. Ella era una adolescente, casi una niña, cuando lo conoció.

Con mi padre hablaba de teología y de añoranzas del alma. Con Gonzalo compartía viajes, amantes, copas y vida nocturna, y, en diferentes períodos, la clínica psiquiátrica donde uno y otro trataba, sin entusiasmos, de curarse de sus dolencias. Había cerca de esta clínica un convento de monjas a las que Carlos se había presentado como sacerdote en viaje espiritual necesitado de un lugar donde decir misa. Diariamente, muy temprano por la mañana, Carlos y Gonzalo salían de la clínica hacia el convento. Carlos decía misa y Gonzalo le servía de monaguillo. (136)

Vale destacar otro dato importante: “Carlos nunca se instaló definitivamente en Madrid, iba y venía entre ciudades y países casi siempre mediterráneos” (138).

El prólogo de Gilberto Abril Rojas para la mencionada edición de Procultura se constituye en la única fuente de la biografía de Obregón; allí se nos revelan datos hasta entonces desconocidos de su vida: nace en Bogotá el 21 de febrero de 1929 y se suicida el 1° de enero de 1963, lo que indica que alcanzó una edad de 33 años. En 1952 publica en el *Suplemento Literario* de *El Tiempo* su primer poema, “Presencia del mar”, el cual hacía parte de *Katharsis*, un proyecto de libro que debió transformarse luego en *Distancia destruida*. Viaja a los Estados Unidos, donde estudia Física-matemática. Vuelve a Colombia y se instala por una temporada en la Costa Atlántica, donde se dedica a sembrar algodón. Allí se enamora de Eloína Rangel, con quien concibe un hijo. Luego vuelve a Bogotá, donde se instala como profesor en la Universidad de los Andes. Contrae matrimonio con Cecilia Zambrano. Tiene otro hijo, el cual muere. Viaja a España, donde se enamora de Marión, mujer que aparece con ese mismo nombre en sus poemas. Con ella viaja a Austria, pero ésta lo abandona. El poeta viaja a París y allí se hace alumno del filósofo Maurice Merleau-Ponty.

Gilberto Abril Rojas escribe: “Lo religioso y lo profano vuelven a jugar sus cartas sobre la mesa inmisericorde de sus sueños. Sufre una *crisis religiosa* en 1956” (XIV). En ese período —afirma el biógrafo— se le cierran a Obregón las puertas del monasterio. Las tierras de España y el Mediterráneo acogerán su espíritu turbado con residencias en Ibiza, Mallorca y Deyá; pobre —escribe Abril Rojas— mordiéndose su propia soledad. Allí publica su obra y muere por su propia voluntad. Así culmina su periplo biográfico. Abril Rojas dice: “Hombre olvidado en su propio país, pero tal vez presto a ser reconocido y conocido por quienes no han tenido la fortuna de leerlo [...]” (XVI).

Esas pocas pinceladas reconstruyen, a saltos, el cuadro de la vida del poeta. No tenemos hasta hoy otra biografía más completa (o incompleta en este caso), pero con algunas claves que orientarán al lector para ahondar en el significado de su obra. Su turbación mística, su sed frustrada de monasterio y su impulso viajero, lo instalan en su creación. Como se ve, existen hasta hoy datos muy generalizados acerca de su breve tránsito por la existencia, pero queda de ese relámpago el palpito de una turbación y de una vida que tuvo un desenlace interior, más hacia adentro de la libertad de su origen. ❧

Obras citadas

- Autores Varios. *Historia de la poesía colombiana*. Bogotá: Casa de Poesía Silva, 1991.
- Cote Baraibar, Ramón. *La poesía del siglo XX en Colombia*. Madrid: Visor Libros, 2006.
- Holguín, Andrés. *Antología crítica de la poesía colombiana*, tomo II. Bogotá: Banco de Colombia, 1974.
- Jiménez, David. *Antología de la poesía colombiana*. Bogotá: Norma, 2005.
- López Rache, Víctor. “El olvido no es eterno”. *Puesto de Combate* 62 (2003), 6-12.
- Marín, Álvaro. “Entre dos silencios”. *Magazín Dominical de El Espectador* 602 (13 de diciembre de 1994), 11.
- Mashimo, Yuichi. “Repatriación de la palabra y apertura del origen: *Estuario* de Carlos Obregón”. Octavas Jornadas Andinas de Literatura Latinoamericana (JALLA), Santiago de Chile, 21 de agosto de 2008.
- Obregón, Carlos. *Estuario*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2004.
- _____. *Obra poética*. Bogotá: Procultura, 1985.
- _____. *Distancia destruida*. Madrid: Gráficas Valero, 1957.
- “Obregón, Carlos: *Distancia destruida* (Poesías)”. ABC (Sevilla, 3 de abril de 1958), 31.
- Romero, Armando. *Las palabras están en situación*. Bogotá: Procultura, 1985.
- Roca, Juan Manuel. *Cerrar la puerta. Muestra de poetas suicidas*. Medellín: Talleres Gráficos de Ediciones Hölderlin, 1993.

